

LA LIBERTAD SIN DESTINO

Lluís Pla Vargas

Seminario de Filosofía Política de la Univ. de Barcelona (SFPUB)

DAVID HARVEY:
Breve historia del neoliberalismo,
 Akal, Madrid, 2007, 252 pp.

Desde principios de los años setenta, coincidiendo con su traslado desde Gran Bretaña a los Estados Unidos (primero a Baltimore y, posteriormente, a Nueva York), y su implicación decisiva en el impulso de la llamada geografía radical a través de la revista *Antipode*, el geógrafo británico David Harvey ha ido ofreciendo a sus lectores una excelente producción crítica mediante trabajos bien conocidos como *The Limits to Capital* (1982), *The Condition of Postmodernity* (1989) o *Justice, Nature and The Geography of Difference* (1996), a los cuales se han unido, más recientemente, obras como *Spaces of Hope* (2000), *The New Imperialism* (2003) o este *A Brief History of Neoliberalism* (2005), estas últimas vertidas al castellano bajo el sello de la editorial Akal. Este recorrido, que partió de una insatisfacción ampliamente compartida ante los métodos y objetos de investigación de la geografía cuantitativa, le llevó a participar en un movimiento de crítica radical cuya pretensión era desprender a la geografía de su vocación conservadora al servicio de la clase dominante para orientarla a la comprensión de problemas sociales y ecológicos —bastante desatendidos por la geografía académica hasta entonces— con el objeto, en definitiva, de transformar la sociedad.¹ En este sentido, la reflexión de la geografía radical, que tuvo a Harvey y a William Bunge como impulsores principales, junto a geógrafos como Peet, Morrill o Blaut, vino a converger naturalmente con los postulados del marxismo, el anar-

quismo o el mero reformismo de orientación izquierdista. En el caso de Harvey, la admisión de una buena parte de los planteamientos del marxismo, si bien manteniéndose a una cierta distancia —hoy, por ejemplo, ya ha devenido clásica su tesis crítica de que el marxismo descuidó sistemáticamente la dimensión geográfica del capitalismo y, en concreto, la existencia de desarrollos geográficos desiguales del mismo—, ha posibilitado la elaboración de lo que todavía es un *work in progress* que relanza la tradición crítica de izquierda y en el que se ponen de manifiesto una buena capacidad analítica, un conocimiento contrastado de la geopolítica mundial y de su historia, una insatisfacción evidente ante las injusticias generadas por tal configuración y una voluntad irrenunciable de plantear alternativas capaces de enmendarlas. En su conjunto, teniendo presentes las cautelas obligadas, creemos que la obra de Harvey plantea uno de los proyectos críticos más serios, claros y lúcidos del mal llamado orden mundial de finales del siglo XX y comienzos del XXI, un proyecto que vale la pena seguir porque no sólo ayuda a desvelar lo que un terco *pensamiento único* de inspiración precisamente neoliberal se obstina en ocultar sino, sobre todo, porque contribuye a la generación de una ciudadanía razonadamente crítica frente al mismo y más capaz, por tanto, de forjar alternativas.

En *La Condición de la postmodernidad*, para muchos comentaristas su texto más logrado, Harvey se vio obligado a bucear en un océano de variada literatura filosófica en el que se incluían obras de signo tan diverso como las Jürgen Habermas, Jacques Derrida o Fredric Jameson con el objeto de expo-

ner el más refinado trasfondo cultural del giro del capitalismo mundial hacia un variado repertorio de formas de acumulación flexible. En su análisis, la postmodernidad aparece como un síndrome cultural arraigado en la modernidad —Harvey, por ejemplo, retrotrae su primera consciencia a los dilemas del arte moderno expresados por Baudelaire— que pone en primer plano la efervescencia, la inestabilidad, la fragmentación y la desorientación como los frutos más o menos amargos de unas condiciones de vida vinculadas a la crisis de acumulación sufrida por el capitalismo de cuño fordista y a la aparición en su seno de unas formas productivas ajustadas y reorganizadas que han acelerado los procesos de compresión espacio-temporal en todos los ámbitos de la experiencia humana. Ello significa que la contracción sorprendente de las distancias y la reducción inaudita de los tiempos para la producción, la distribución y el consumo de las mercancías, logradas gracias a las innovaciones tecnológicas y organizativas, que han sido por otra parte los motores clásicos del desarrollo capitalista, han posibilitado una vivencia zozobranante en una gran mayoría de individuos que tiende a reflejarse en el plexo de inquietudes, motivos y productos postmodernos, ya sea que tratemos de la arquitectura del Bonaventure Hotel de Los Ángeles, la música de John Cage, la textura cinematográfica de *Blade Runner* o la filosofía de Jacques Derrida. Algunos años después, Harvey reconoce en su *Breve historia del neoliberalismo* que el neoliberalismo, pese a presentarse estrictamente como una doctrina que busca orientar las prácticas políticas y económicas hacia un escenario de derechos de propiedad privada indiscutibles, mercados libres y libertad individual y de comercio, sólo pudo prosperar por medio de «la construcción de una cultura populista neoliberal» (50) y que, en este sentido, «se demostró más que compatible con el impulso central llamado “postmodernidad” que

durante largo tiempo había permanecido latente batiendo sus alas pero que ahora podía alzar su vuelo plenamente consumado como un referente dominante tanto en el plano intelectual como cultural» (50-51). En consecuencia, la esfera simbólica de la postmodernidad, el gran significante cultural de la época, refleja, sin deformar casi en ningún caso, los trazos de la privatización, la desregulación y la competencia —renacida y aguzada— manejadas por la neoliberalización en su búsqueda de unas plusvalías cuyo único parangón posible sólo puede localizarse en las tasas de beneficio acaparadas por los magnates estadounidenses en los años previos al *crack* de 1929. Pero el hecho de que la cultura del mundo neoliberal sea tan patéticamente complaciente no sólo manifiesta aquello que Luc Boltanski y Ève Chiapello han argumentado de manera tan extensa y convincente, es decir, que el capitalismo ha absorbido las formas de la crítica más radicales que se le oponían, rompiendo así las reglas del juego una vez más,² sino también el extraordinario grado de consenso que esta derivación extrema del liberalismo clásico ha conseguido generar a todos los niveles. Así, pues, parece obvio que el neoliberalismo ha debido de construir su aceptación sobre la destrucción de los consensos sociales y económicos anteriores y, en particular, socavando la no tan vieja ni tan desacertada idea de la segunda posguerra mundial según la cual el desarrollo económico y el social debían ir aparejados. Es justamente en la construcción de este consentimiento donde se pone de relieve que el neoliberalismo incorpora una ética, una ética que sostiene que «el bien social se maximiza al maximizar el alcance y la frecuencia de las transacciones comerciales y busca atraer toda la acción humana al dominio del mercado» (8), esto es, una ética peculiarmente *premoderna* que defiende que el hecho del mercado es al mismo tiempo un valor, que las transacciones comerciales realmente existentes constituyen

bienes definidos y que el escenario de un mundo completamente abierto al comercio mundial se aproxima al estatuto de un paraíso para la felicidad humana.

Pero no es éste el único puente tendido con otros textos del mismo autor por la obra que nos ocupa. Debe señalarse también una conexión directa con su libro inmediatamente anterior, *El nuevo imperialismo*. Para Harvey, un análisis detenido demuestra como evidente que las maneras en que se han aliado ideológica y políticamente instituciones como Wall Street, el FMI, la OMC y el departamento del Tesoro estadounidense, impulsando y surcando a su vez la ola neoliberal, responde a una voluntad de restauración del poder de las clases altas (o a su creación *ex novo*, como ha sucedido en China o Rusia) en el nivel local y a una lógica imperialista en el nivel global. Ambos aspectos confirmarían la sospecha de que, a diferencia de lo que sostienen los vulgarizadores de la doctrina, el neoliberalismo no se habría destacado por cuestionar el Estado, tornarlo irrelevante o colaborar en su destrucción. Al contrario, para que las instituciones centrales del neoliberalismo, como el libre mercado, las entidades bancarias o los tribunales de justicia sean realmente operativas, el Estado debe existir en lo que podríamos llamar *una cierta plenitud*: la estructura total del sistema de las operaciones de intercambio, la estipulación de los tipos de interés así como los controles adicionales de la inflación, las instituciones de aplicación y seguimiento de la justicia, la preparación y mantenimiento de las fuerzas de seguridad, para no mencionar formas más detalladas de la legislación que son esenciales en nuestro modo de vida, siguen siendo el resultado definido de la acción del Estado. Por consiguiente, a lo que hemos asistido, según Harvey, no es a un eclipse del Estado, sino más bien a «una reconfiguración radical de las instituciones y prácticas estatales (en particular respecto

al equilibrio entre la coerción y el consentimiento, entre el poder del capital y los movimientos populares, y entre el poder ejecutivo y judicial, por un lado, y los poderes de la democracia representativa, por otro.))» (88) De manera más particular, el Estado, entendido en los términos de Estado neoliberal o Estado subordinado a la neoliberalización, no debe limitarse a proteger aunque sea activamente las instituciones nucleares del neoliberalismo, sino que ha de promoverlas a toda costa. Crear un clima propicio para los negocios es algo que hoy día cualquier forma de poder político —local, regional, nacional o supranacional— está obligada a hacer y sólo puede llevarlo a cabo en la línea del dictado neoliberal, esto es, favoreciendo a las corporaciones y la estructura de los operadores financieros y perjudicando a la fuerza de trabajo (y a sus familias), a la población en su conjunto (que depende en su mayoría de una oferta consolidada de servicios sociales, al menos en la mayoría de los países occidentales) y al medio ambiente (que carga más mal que bien con las externalidades de las actividades productivas y distributivas). De este modo, como observa atinadamente Harvey, el Estado así reconfigurado se revela doblemente parcial en su tarea de presentarse como un destino apetecible para las corporaciones y sus accionistas en el caso de que se produzcan discrepancias: «En caso de conflicto, el Estado neoliberal típico tenderá a privilegiar un clima óptimo para las empresas frente a los derechos colectivos (y la calidad de vida) de la fuerza de trabajo o frente a la capacidad del medio ambiente para regenerarse. El segundo aspecto en que se manifiesta la parcialidad emerge porque en caso de conflicto el Estado neoliberal favorece la integridad del sistema financiero y la solvencia de las instituciones financieras sobre el bienestar de la población o la calidad medioambiental.» (80) Por lo demás, parece que sería franca-

mente inadecuado seguir hablando de una lógica imperialista sin contar con el concurso de los Estados o bien de organizaciones políticas supranacionales capaces de hacer circular en su propio beneficio, en muchos casos contradiciendo las propias premisas del discurso neoliberal, los resultados constantes y sonantes del intercambio desigual. Sólo así se explicaría que en este mundo tan singular, como ha notado con amargura el economista estadounidense Joseph Stiglitz, y Harvey rememora con frecuencia, los pobres financien a los ricos. El ejemplo de la invasión estadounidense de Irak y, en particular, el conjunto de medidas económicas que se pusieron en vigor en septiembre de 2003, cuando Paul Bremer, director de la Autoridad Provisional de la Coalición, promulgó algunos decretos mediante los cuales se obligaba a la privatización de las empresas públicas, la apertura de los bancos iraquíes al control extranjero, la supresión de todas las barreras comerciales y una durísima regulación del mercado de trabajo (en la que se prohibían las huelgas), es una ilustración muy pertinente de que las prácticas neoliberales pueden ser encajadas perfectamente con la herramienta clásica del imperialismo a lo largo de todos los tiempos, el uso de la fuerza militar.³

¿Cómo empezó todo esto? ¿qué da inicio a la historia del neoliberalismo y cómo logró implantarse como una verdad luminosa en medio de un improbable reino de la oscuridad económica y social? ¿Cómo se asentó finalmente con el aura de una simple y resuelta explicación de la realidad? Por una parte, Harvey expone que a finales de los años sesenta el liberalismo embridado —una expresión que sintetiza una configuración económica, política y social dentro de la cual se equilibraban precariamente un mundo corporativo consolidado en sentido capitalista, la presencia de un Estado fuerte en el doble papel de redistribuidor de la renta y aplicador de la justicia so-

cial y una fuerza de trabajo eficazmente protegida por organizaciones sindicales aún conectadas con partidos políticos de izquierda— empezó a desmoronarse. La crisis de acumulación, cuyo momento quizás más emblemático fue el de la expectativa de una restricción brutal del suministro de petróleo en 1973, y el descontento social asociado, que se tradujo en la oleada de huelgas que hubo entre 1968 y 1974, generó una sensación de inquietud y amenaza para las élites económicas como tal vez nunca antes habían experimentado. Y la propuesta más audaz, la que llevó esa sensación al paroxismo, fue la del plan Rehn-Meidner —leída hoy aún parece más atrevida de lo que debió de resultar en su momento: «Una tasa del 20 por 100 de los beneficios empresariales —explica Harvey— sería destinada a fondos propiedad de los asalariados, controlados por los sindicatos, que se reinvertirían en las empresas. La medida acarrearía una reducción paulatina del peso de la propiedad privada y supondría crear las bases para implantar un sistema productivo de propiedad colectiva y de gestión por los representantes de los trabajadores.» (123) Esto representaba el inicio de un programa para acabar poniendo en jaque el estatuto de la gran propiedad privada y la misma clase capitalista que la detentaba.⁴ El neoliberalismo, a juicio de Harvey, se articuló como una respuesta específica, simple y directa a esta amenaza. Por otra parte, el capitalismo debía encontrar un conjunto de remedios a sus propios problemas de acumulación, una nueva forma —o una vieja, pero puesta al día— de las recetas que, en otros momentos del desarrollo histórico-geográfico del capitalismo, se habían implementado. Aquí el monetarismo fue decisivo: sirvió como salvavidas económico de emergencia, bajo el doble influjo de Milton Friedman en el plano teórico y de Paul Volcker —jefe de la Reserva Federal ya con Carter, pero sobre todo con Reagan— en el

práctico. Las recetas monetaristas —control de la inflación, austeridad en el gasto público, atención preferente a los inversores, etc.— mostraron su eficacia relativa en la planificación económica chilena posterior al golpe de estado de Pinochet en 1973 y en la crisis fiscal de la ciudad de Nueva York en 1975. El caso de Nueva York en 1975 es significativo: representó el pistoletazo inicial en el primer mundo para una restauración del poder de clase en sentido neoliberal dentro del marco de una democracia consolidada. Ante un déficit muy importante, los bancos de la ciudad no sólo se negaron a mantenerlo, sino que exigieron su cobro, lo que supuso, en la práctica, una drástica reducción de programas y servicios sociales cuyo ahorro sirvió para sufragar el déficit. De paso, la resolución del problema a través de esta vía condicionó en lo sucesivo las reivindicaciones obreras en una ciudad que se había caracterizado por un obrerismo militante a lo largo del siglo XX.⁵ En realidad, como dice Harvey, se asistió a una involución del poder político democrático de la ciudad en manos de la élite económica: «[Nueva York] instauró el principio de que en caso de conflicto entre la integridad de las instituciones financieras y los beneficios de los titulares de bonos, por un lado, y el bienestar de los ciudadanos, se iba a privilegiar lo primero. Igualmente, puso el acento en que el papel del gobierno era crear un buen clima para los negocios y no atender a las necesidades de la población en su conjunto» (56-57).

El factor que los ideólogos y políticos neoliberales de los años setenta y ochenta movilizaron para seducir a una base social amplia de las ventajas de un orden económico y político neoliberal fue la vieja causa de las libertades individuales. En la historia de Occidente, la idea de la libertad individual se solapa de tal modo con el desarrollo del capitalismo que llega al punto de constituir una conexión necesaria con este orden para

nuestro sentido común. El neoliberalismo hizo un uso estratégico de esa conexión. Un programa que fuese capaz de afianzar el consenso alrededor de los valores de la libertad individual podía cubrir con una pátina de validez moral indiscutible la restauración del poder de clase en países como Gran Bretaña o Estados Unidos y aplicarse eficazmente después en otros lugares. En paralelo, las tendencias a la flexibilización de la producción, la desestructuración subsiguiente del mercado de trabajo, la expansión desmesurada del mundo del consumo de bienes y servicios personales y la desarticulación de los referentes ideológicos clásicos de la izquierda, llevaron a muchos trabajadores que habían tenido una sólida identidad de clase a contemplar con ojos menos críticos la ofensiva del discurso neoliberal e incluso a comprenderlo como la justificación de un nuevo universo de posibilidades de enriquecimiento personal. En el caso de Gran Bretaña, por ejemplo, Margaret Thatcher «forjó el consentimiento mediante el cultivo de una clase media que se deleitaba en los placeres de la propiedad de su vivienda, de la propiedad privada, del individualismo y de la liberación de las oportunidades empresariales» (71). Lo que se pasó por alto entonces, y hoy sigue sin ser comprendido enteramente en algunos contextos concretos, es que esta apelación al valor de la libertad individual puede conducir, y condujo de hecho, a una reafirmación del dominio de los económicamente poderosos sobre una clase trabajadora atomizada bajo el espíritu del antiguo lema «Divide e impera».

Harvey demuestra que la extensión de ese programa en el contexto internacional se ha llevado a cabo a través de mecanismos de desarrollo geográfico desigual por medio de los cuales ciertos países, regiones o ciudades, favorecidos por la prosperidad de los vientos neoliberales, ejercen una presión sobre el resto para que sigan su ejemplo. Hoy día, sin ir más lejos, el requisito exigi-

do a un país para ser aceptado como miembro del FMI o de la OMC es la apertura de su economía a los mercados mundiales de capital. Ahora bien, si el país se halla en vías de desarrollo, este ingreso en las organizaciones centrales del capitalismo mundial suele presentarse como una atadura funesta, pues va acompañado de la obligación de asumir el resto de las reformas económicas y políticas neoliberales y supone, a menudo, su desplazamiento hacia una posición vulnerable en el contexto global —donde, paradójicamente, los dos motores económicos más importantes, Estados Unidos y China, funcionan en cierto sentido como Estados keynesianos mientras difunden las virtudes del neoliberalismo para el resto del mundo.⁶ Para la mayoría de las economías del mundo, pues, la libertad neoliberal equivale a desprotección. Los medios que el neoliberalismo ha utilizado para transformar el mundo en este sentido han sido variados. Harvey especifica cuatro: la apertura de las entidades bancarias a políticas de financiación menos restringidas, la creciente movilidad del capital facilitada por la reducción del coste de los transportes, el hecho de que Wall Street, el FMI y el departamento del Tesoro de los Estados Unidos se dieran la mano en una política común para convencer a muchos gobiernos de países en desarrollo a orientarse hacia el neoliberalismo y, por último, el predominio de las ideas económicas monetaristas y neoliberales en las universidades e instituciones económicas más importantes del mundo.

Probablemente, el resultado más llamativo de la aplicación de tales medios en los últimos treinta años sea lo que Harvey denomina «acumulación por desposesión», un expolio organizado por medios técnicos y políticos de alcance mundial en beneficio de las clases altas de los centros de poder financieros del globo. La acumulación por desposesión presenta cuatro aspectos relevantes: 1) *la privatización y la mercantili-*

zación, que han supuesto la apertura de mercados allí donde parecía imposible que los hubiera alguna vez, como en los casos de los hospitales o las prisiones; 2) *la financiarización de todo*, una oleada en ascenso de las finanzas absolutamente incontrolable que llega a eclipsar a la economía productiva y que, al parecer de Harvey, ha venido «marcada por un talante especulativo y depredador» (176); 3) *la gestión y la manipulación de las crisis*, que han comportado, a través de la trampa de la deuda, un flujo neto de riqueza desde los países pobres a los ricos; y 4) *las redistribuciones estatales*, las cuales han significado revertir en provecho de las clases altas los modelos de redistribución de la riqueza promovidos por el liberalismo embrizado a nivel local, así como también el giro del Estado hacia una diversidad de formas de restricción del gasto público y la privatización de algunos de sus servicios esenciales. El panorama final que se vislumbra a partir de aquí es francamente desalentador: crecimientos del PIB mundial en torno al 1,1 por 100 en la década de 1990 —menor al 1 por 100 a partir del año 2000, altas dosis de volatilidad debido al impacto de la flexibilización, inestabilidad social y política en grandes regiones del mundo, incremento insólito de las desigualdades económicas globales— 2000 millones de personas condenadas a vivir con menos de 2 dólares diarios, daños irreparables en el ecosistema —China y Estados Unidos, precisamente, se llevan la palma hoy día en la emisión de dióxido de carbono a la atmósfera— y, por si todo ello no fuese suficiente, regímenes democráticos consolidados corrompidos por el poder del dinero. Ante todo ello, Harvey se apresura a advertirnos de que «no existe un mundo utópico de fantasía marxiana al que podamos retirarnos» (221), sino que, por el contrario, de lo que se trataría es de ser capaces de proponer, frente a la serie inexorable de valores neoliberales, unos valores alternativos que inclusive pue-

den ser localizados en la propia tradición liberal. Nuestro mundo, sostiene, puede todavía rechazar el ademán imperialista neoliberal y «reproyectar sobre el centro del capitalismo neoliberal y neoconservador un abanico de valores diferente, esto es, los de una democracia abierta, consagrada a la realización de una igualdad social ligada a la justicia económica, política y cultural» (225).

Harvey había comenzado su exposición en el primer capítulo de la obra rememorando la sentencia del poeta inglés Matthew Arnold según la cual la libertad es un caballo estupendo para cabalgar, pero que, ante todo, debe llevarte a alguna parte. La sentencia de Arnold constata, por tanto, que la libertad se verifica como un valor extraordinario cuando nos transporta a algún lugar determinado que tomamos como valioso en algún sentido. A partir de esta inspiración, nos parece que la propuesta final de Harvey podría ser resumida entonces así: hay que reconocer y poten-

ciar la existencia de objetivos de la libertad distintos de ella misma frente a la creencia neoliberal en una libertad cuya única finalidad es la expansión de la libertad misma. Si se concede que la libertad puede ser pensada prioritariamente en términos de una herramienta —como *libertad para*—, entonces la libertad puede mostrarse como valiosa porque puede llevarnos a la defensa de otros valores que podemos considerar más relevantes, como la igualdad o la justicia, mientras que la apelación neoliberal a la libertad puede ser vista como puramente nominal, tautológica o ensimismada porque se limita a recoger acriticamente parte de su concepto de un fondo compartido sin atreverse a defender públicamente el uso efectivo, el *para qué real*, de su noción de libertad. La voluntad neoliberal es oficialmente la de una libertad sin destino. Frente a la libertad sin destino, Harvey nos propone un destino para la libertad. Llegados aquí, nos toca escoger.

NOTAS

1. Para una comprensión detallada de la génesis y el desarrollo de la geografía radical, véase Horacio Capel, *Filosofía y ciencia en la geografía contemporánea*, Barcelona, Barcanova, 1981, especialmente pp. 426-442.

2. Véase Luc Boltanski y Ève Chiapello, *El nuevo espíritu del capitalismo* (1999), Madrid, Akal, 2002.

3. Quizás no esté de más recordar en este punto que el principal arquitecto de la política de la administración Bush para Irak fue Paul Wolfowitz, un conocido intelectual neoconservador vinculado al American Enterprise Institute y que fue, entre 2005 y 2007, el décimo presidente del Banco Mundial, cargo del que tuvo que dimitir por un escándalo. Estas dos instituciones, las más significativas en la vida de Wolfowitz, si dejamos al margen su vinculación al gobierno de los Estados Unidos en épocas diversas, se han caracterizado por hacer bandera de la neoliberalización a lo largo y ancho del mundo.

4. Para una evaluación del plan, que constituye sin duda la aportación más significativa de Suecia a la macroeconomía, véase Lennart Erixon: «A Swedish Economic Policy —The Theory, Application and Va-

lidity of the Rehn-Meidner Model» (2000), disponible en Internet.

5. A partir de entonces Nueva York sería empezada a conocer no como un espacio de fuerte contestación obrera, sino como un lugar excelente para emprender o gestionar negocios, como un lugar asociado a una imagen de marca, sobre la base de la exitosa campaña, luego imitada hasta la náusea, «I love New York». Un destino imitado, entre otras ciudades, por Barcelona.

6. La explicación que ofrece Harvey de esta contradicción entre lo que supuestamente se cree y lo que realmente se hace pone de relieve una vez más la existencia de una dinámica imperialista: «Estados Unidos ha recurrido de manera desmedida a la financiación mediante el déficit presupuestario de su militarismo y su consumismo, mientras China ha financiado mediante el endeudamiento con créditos bancarios de dudoso cobro enormes inversiones en infraestructuras y en capital fijo.» (167) Para la doctrina neoliberal, únicamente el mercado debería ser el mecanismo de articulación del éxito económico y el responsable del acceso a una posición hegemónica. La idea de que el Estado intervenga para lograr ambas cosas conduce necesariamente fuera de esta doctrina.